

FIESTAS PATRONALES DE HERRERA DE PISUERGA - 2010

Pregón de Juan Manuel de la Fuente Sabaté

Querido Señor Alcalde, estimada Corporación Municipal, querido Primo, distinguidas autoridades, vecinos y vecinas de Herrera, queridos amigos. Me siento orgulloso de poder dirigirme a vosotros desde esta tribuna y agradezco a la Corporación y al Señor Alcalde que hayan pensado en mí para tan alto honor.

Mi relación con Herrera estos últimos años no ha sido muy agradable y, por desgracia, ha pasado en más ocasiones de las razonables por ese terreno que hay detrás de la ermita. Por esos seres queridos y añorados vayan estas breves palabras.

Yo nací, por mucho que se empeñen algunos en decir que el 28, un 27 de diciembre en Palencia, porque D. Pepe planteó a mi padre la necesidad de trasladar a mi madre ya que lo que venía era un “monstruo”. No es que fuera un dechado de perfección, pero creo que lo de monstruo resulta excesivo. Ese mismo día nacieron dos chicas de Herrera, creo que ha sido el día que más he ligado en toda mi vida. Nací feúcho, en eso he mejorado poco, y delgadocho, en eso sí que he mejorado bastante.

Mis primeros recuerdos del pueblo se vinculan con mi barrio: la Panera o la Chorquilla, y tienen que ver con los gritos de la chiquillería, cuántos éramos y qué guerreros, y las voces de las madres intentando regular el ritmo de la comunidad infantil: comidas, meriendas, cenas, recados, aseo. En cualquier esquina se oía ¡Juanma! Y si acudías rápido no pasaba nada, pero si tardabas te ganabas, en el mejor de los casos, una regañina y, en el peor, un buen sopapo. Gritos y sopapos fueron elementos determinantes en la educación de los niños de aquel barrio.

Pero también recuerdo las silenciosas tardes de siesta y el rumor sordo de las conversaciones de las señoras haciendo costura, punto o ganchillo en las puertas de las casas, el sonido de las radionovelas de Guillermo Gautier Casaseca, el varear de la lana o el aventado de las alubias en cualquier esquina donde corriera el aire ¡Todo mujeres! Entre el campo, el bar y el avío de los animales, los hombres paraban poco en casa.

Un día me pusieron un babi blanco, me peinaron el flequillo que había trazado con precisión milimétrica Santos Morante y me separaron del barrio para trasladarme a otra comunidad. Pudo suponer un salto adelante en mis experiencias, pero ese salto me llevó directamente al punto de salida. De una comunidad de mujeres, pasé a otra: el Colegio de las Monjas. Mis recuerdos de esa época son muy entrañables y además del

aprendizaje de las primeras letras, los primeros números y el catecismo, el día se pasaba entre juegos y otras actividades como el teatro. Aún resuenan en mis oídos los papeles de “El Príncipe Valiente” y la magistral interpretación de Rafa Corral con aquel inolvidable “Si se va la paloma”. Cuando estaba cómodamente instalado en ese remanso femenino, alguien dijo que no podía seguir allí. Con siete años parece que acababa de alcanzar la adolescencia y los peligros de esa tremenda edad hacían necesario un cambio de aires.

Del paraíso de las huríes iba a pasar a un régimen cuartelario marcado por los colores azul, verde y el fatídico rojo de las faltas no justificadas: los Salesianos. La formación en el patio, las filas hasta las clases, las filas hasta la capilla, las demostraciones atléticas el día de los padres y ¡sólo hombres! Destino cruel. Tuve que empezar a desarrollar nuevas estrategias para eludir las presiones de mis compañeros y pasar desapercibido ante los profesores, no siempre lo conseguía y, en ese caso, volvías a las regañinas y las collejas, otro retorno al pasado. Todo mejoró cuando, por razones que no vienen al caso, D. Glicerio comenzó a visitar mi casa, especialmente cuando había niscalos, que degustaba con gran placer y abundancia. Mi situación en el colegio cambió significativamente, un poco de estudio y bastantes niscalos, por supuesto, me permitieron ocupar un lugar digno en aquella dura comunidad.

Cuando comenzaba a mirar el futuro con cierta tranquilidad, de buenas a primeras los Salesianos se marcharon de Herrera y tuve que cambiar a las Escuelas Nacionales para continuar mi formación, aquello era un sinvivir. Fue sólo un año y lo pasé bien, lo peor era el frío en aquella clase de grandes ventanales escasamente calentada por una estufa de leña situada en las inmediaciones del señor maestro D. Antonio, y bastante lejos de la mayoría de los alumnos. Un grupo de maestros ofertaron unas clases particulares por las tardes, y fuera del horario de la escuela, para podernos presentar por libre a primero de bachillerato en el Instituto de Palencia. Las clases, por suerte, eran mixtas y otra vez las chicas se cruzaban en mi vida para aliviar las presiones del aprendizaje y acalorar mi imaginación. La experiencia fue muy positiva pero, por desgracia, breve.

Al año siguiente una congregación religiosa, digamos “poco conocida”, el Instituto Secular Siervos de la Iglesia (los italianos), ocuparon el colegio de los frailes y comenzaron a impartir clases de bachillerato. Otra vez sólo hombres ¡qué desgracia! Las clases estaban casi vacías y el frío, a pesar de aquellas estufas de petróleo que olían horriblemente mal, volvía a ser un compañero más en el aula. El escaso número de alumnos, por ejemplo en cuarto de bachiller, y el Señor Alcalde lo sabe bien porque era uno de nosotros, éramos siete, cuatro externos

(Javi, Benito, Parme y yo) y tres internos (José Angel, Tomás y uno de Paredes del que no recuerdo su nombre), nos obligaba a estudiar de duro, ya que salías a la pizarra casi a diario. Los problemas de matemáticas o física, las traducciones de latín o francés, los análisis sintácticos de lengua española, había que currar con salero y, desafortunadamente, los niscalos ya no servían de nada. La primera etapa de mi formación tocaba a su fin y me vi en la necesidad de trasladarme interno a Burgos para terminar el bachillerato.

Pero la formación que recibí en Herrera no fue sólo académica, y mis maestros no fueron sólo las Madres Ángeles, Josefina o Perpetuo Socorro, o D. Glicerio y D. Eleuterio, D. Antonio, D. Jerónimo, D. Fortunato, D. José Antonio, D. Pedro o D. Juan. Mis maestros han sido todos los vecinos de Herrera con los que he convivido y de los que he aprendido dichos, historias y chascarrillos, pero también a ser un hombre en el amplio sentido de la palabra.

Mis veranos, que en épocas anteriores iban de las eras y el fútbol, al parque y el frontón, pasaron a desarrollarse entre Barrialba, la Yutera y la Serna, y mis compañeros de vacaciones, que antes fueron mis vecinos, mis primos y algún veraneante portugalujo, cambiaron por la Bonita, la sulfatadora, el cultivador, la azada y el legón. Siempre rodeado de repollos,

coliflores, zanahorias, puerros o lombardas, pasaba mi tiempo y aprendía a regar, sulfatar, escavar o aricar y, sobre todo, a convivir. Convivir con los vecinos de huerta, aunque a veces hubiera algún problema por el agua, y con las trabajadoras y trabajadores que doblaban el espinazo bajo el recio sol de julio o agosto, o las húmedas mañanas de mayo o septiembre. El almuerzo y la merienda, además de un tiempo de descanso, eran momentos de conversación en los que cabía la broma y el recuerdo, el chismorreo y la historia. Yo abría los ojos y los oídos y me impregnaba de todas esas conversaciones, en un ambiente en el que no había sopapos y donde los niscalos no eran más que parte de la merienda. Aquí no se conseguía el éxito o el favor con niscalos, sino con el sudor y el esfuerzo, el trabajo se convertía en el norte, el sur, el este y el oeste de mi vida. No he vuelto a poner mi destino en manos de una cesta de setas, sino en el esfuerzo diario y el trabajo más o menos bien hecho.

De todas aquellas personas guardo un recuerdo imborrable. Beris, Águeda, Agustina o Piedad, Nisio, Facio, Acacio, Lesmes, Jesús, Mariano, Nines, el Che y tantos otros, me enseñaron a valorar lo que tenía y a no dormirme si quería llegar al final del surco.

Al atardecer la actividad cesaba y los tonos amarillentos, rosados y malvas, eran como la sirena de la fábrica que señalaba el final de la

jornada. Las sombras se alargaban y la mía tomaba una dirección fija, el Yudi. Una ducha rápida, un poco de pan con algo y arreando. El destino era el bar, pero el objeto era mi cuadrilla, mi peña: Pisoracae.

En la máquina de discos sonaba Fórmula V y Eva María se había ido de nuevo a la playa, las bolas de billar seguían trayectorias más o menos precisas en función de la pericia del jugador y los rígidos jugadores del fútbol marcaban goles con gran estruendo. Un grupo de chicas y chicos charlaban animadamente en la terraza y, entre cervezas y refrescos, discutían sobre el disfraz de ese año, alguna excursión o un guateque. Hablábamos sobre lo divino y lo humano, alguna novela o el último disco de Pink Floyd, y todas las ideas eran buenas. Ni el sexo, ni la edad, condicionaban la tertulia, la igualdad se imponía y no sé si el país cambiaba porque nosotros cambiábamos, o nosotros cambiábamos porque lo hacía el país. El caso es que vestidos de azul, con un cangrejo rojo en el pecho, pedíamos paso y teníamos prisa por ocupar el lugar que nos correspondía en esta nueva sociedad. De momento caminábamos hacia la Plaza y terminábamos donde “Nano Peral”. Unos porrones de sidra y unas canciones en las escaleras de la plaza de toros ponían fin a la velada y marcaban mi regreso a casa, la cena y a dormir.

Los gritos y sopapos de la infancia y la adolescencia, fueron sustituidos por la discusión civilizada y el razonamiento. La amistad, la tolerancia y el respeto completaron mi formación personal, y estos valores se los debo a mis amigos de Herrera, a todos os llevo siempre en mi corazón. No voy a leer una lista de nombres, todos sois importantes, los que estáis aquí y los que, por desgracia, nos dejaron: Cuco e Ignacio.

Empecé estas palabras un poco triste y termino un poco triste. Pero nada más lejos de mi intención que llevar tristeza a vuestros espíritus. Quiero y deseo que seáis felices estos días y siempre. Espero que os montéis en los caballitos y en la barca, que os toque en la tómbola el bamby gigante de peluche y que ganéis en la caseta de tiro, que Bosio y Min, los piteros de Reocín, amenicen la calle Colón con la dulzaina y el tamboril y suene el soniquete del fajero: ¡fajero, faja, fajero ...! Que en la gira a la Fuente de los Caños las bombas japonesas llenen de regalos y caramelos a todos los niños y la banda de San Marcial suene mejor que nunca. Que la alegría llene todos los hogares de Herrera y que la sepáis compartir con todos vuestros vecinos.

Y termino porque mi madre se cansa. Un beso mama.

Herrerenses, queridos amigos, felices Fiestas. ¡Viva Herrera! ¡Viva la Virgen de la Piedad!